

LIBRO TERCERO

LA CASA DE LA CALLE DE PLUMET

I

UNA CASA EN SECRETO

Hacia mediados del siglo anterior, cierto presidente consejero en el parlamento de París tenía una querida, que él procuraba ocultar, pues en aquella época los grandes señores ostentaban sus queridas y los bourgeois las escondían: al efecto, hizo construir « una casita » en el arrabat de Saint-Germain, en la desierta calle de Blomet, que hoy llaman calle de Plumet, no lejos del sitio que llamaban entónces el *Combate de los Animales*.

Componíase esta casa de un pabellon de un solo piso; dos salas en el cuarto bajo, otras dos piezas en el principal, abajo una cocina, arriba un gabinete y un granero bajo el

tejado, todo precedido de un jardín, con una gran verja que daba á la calle. Este jardín ocupaba la extension como de media fanega de tierra. Esto era todo cuanto podían entrever los transeuntes; pero detras del pabellon habia un patio estrecho, y en el fondo de este patio una vivienda baja de dos piezas sobre una cueva, especie de por-si-acaso destinado á disimular, si era necesario, un niño con su nodriza. Esta vivienda comunicaba detras, por medio de una puerta disfrazada y que se abria por un secreto, con un largo corredor estrecho, enlosado, tortuoso, á cielo descubierto, encerrado entre dos altas paredes, el cual, escondido con un arte prodigioso y como perdido entre las cercas y vallados de los jardines y los terrenos cultivados, cuyos ángulos y contornos todos seguia él con designio, iba á parar á otra puerta, tambien secreta, que se abria á medio cuarto de legua de este sitio, casi en otro barrio, á la extremidad solitaria de la calle de Babilonia.

El señor presidente se introducía por allí, en tales términos, que aún aquellos mismos que le hubiesen espiado y seguido, y hubieran observado que el señor presidente solía ir todos los dias con cierto misterio á alguna parte, no habrían podido sospechar nunca que ir á la calle de Babilonia era ir á la calle de Blomet. Gracias á ciertas compras hábiles de terrenos, el ingenioso magistrado habia podido hacer que le practicasen este trabajo de un camino secreto en su casa, en su misma propiedad, y por consiguiente, exento de toda inspeccion oficial. Más adelante habia él revendido, por pequeños lotes, para jardines y culturas, los pedazos de terreno contiguos al corredor, y los propietarios de estos pequeños terrenos creían bienamente, por uno y otro lado del callejon ó corredor, tener ante sus ojos una simple pared de medianía, sin que pudieran sospechar siquiera la existencia de aquella larga cinta de enlosado serpenteando entre dos paredes en medio de sus verieles y de sus acirates.

Sólo las aves veían aquella curiosidad. Es probable que los gorriones y las currucas del siglo anterior, charlarían mucho á expensas del señor presidente.

El pabellon, construido de piedra, en el estilo de Mansart, artesonado, y amueblado en el gusto de Watteau, rocalla por dentro y peluca por fuera, murado de un triple seto de flores, tenia algo de discreto, de gracioso y de solemne, cual conviene á un capricho del amor y de la magistratura.

Aquella casa y aquel corredor, que hoy han desaparecido, existían aún hace quince años. En 93, un calderero habia comprado la casa para demolerla, pero no habiendo podido pagar el precio convenido, la nacion le declaró en quiebra. De modo que, en vez de demoler el calderero la casa, fué la casa la que demolió al calderero. Desde entónces quedó ya inhabitada, y fué cayendo lentamente en ruinas, como sucede á toda morada á la cual deja de comunicar vida la presencia del hombre. Continuaba siempre sin embargo amueblada, con sus antiguos muebles, y ofrecida en venta ó en alquiler, y las diez ó doce personas que pasan al año por la calle de Plumet eran prevenidas por medio de un cartelón amarillento é ilegible, fijado en la verja del jardín desde 1810.

Á fines de la restauracion, esos mismos pasajeros pudieron notar que el cartel habia desaparecido, y tambien que estaban abiertas las ventanas del piso principal. Con efecto, la casa se hallaba ya ocupada. Las ventanas tenían « cortinillas, » señal evidente de que habia allí una mujer.

En Octubre de 1829, habiase presentado un hombre de cierta edad y habia tomado en alquiler la casa, tal cual se hallaba, incluso, se entiende, el trascuarto y el corredor ó pasillo que iba á dar á la calle de Babilonia. Él hizo restablecer las aberturas secretas de las dos puertas de aquel pasillo. La casa, como acabamos de decir, se hallaba

aún casi amueblada con los mismos muebles antiguos del presidente; el nuevo inquilino había ordenado algunas reparaciones, añadiendo acá y acullá lo que faltaba; embaldosó de nuevo el patio, enladrilló las piezas, renovó las gradas de la escalera, puertas, ventanas, vidrieras, y por último, vino, á instalarse allí con una jovencita y con una criada anciana, sin ruido, más bien como quien se escurre y se cuela, que como quien entra en su casa. Los vecinos no charlaron nada acerca de este suceso, por la sencilla razon de que no había vecinos.

Este inquilino de tan poco efecto era Juan Valjean, la jóven era Coseta. La sirvienta era una mujer llamada Toussaint, á quien Juan Valjean había salvado del hospital y de la miseria, la cual era vieja, provinciana y tartamuda, tres cualidades que habían determinado á Juan Valjean á tomarla á su servicio. Había él alquilado aquella casa bajo el nombre del señor Fauchelevent, rentero. En todo cuanto hemos referido anteriormente, el lector ha tardado sin duda ménos tiempo aún que Thénardier en reconocer Juan Valjean.

¿Por qué había dejado Juan Valjean el convento del Petit-Picpus? ¿Qué es lo que había pasado?

No había pasado nada.

El lector recordará que Juan Valjean era feliz en el convento, tan feliz, que su conciencia acabó por inquietarse. Veía á Coseta todos los días, sentía la paternidad nacer y desarrollarse en él cada vez con más vigor é intensidad, cobijaba con el alma aquella criatura, decíase que era suya, que nadie podría privarle de ella, que eso sucedería así indefinidamente, que sin duda se haría ella religiosa, hallándose provocada á ello, cada día y en cada instante, de una manera suave y grata; así que el convento era ya en lo sucesivo el universo para entrambos, que él envejecería allí y ella crecería, que ella envejecería y él moriría

en aquella mansión retirada del mundo y pacífica; por último, la más dulce esperanza para él era que ninguna separacion sería ya posible. Reflexionando de esta manera, llegó de raciocinio en raciocinio á caer en ciertas perplejidades. Y se interrogó. Preguntábase si toda aquella dicha le pertenecía á él, si no se componía de la dicha de otra persona, de la dicha de aquella niña que él confiscaba y que defraudaba, él, anciano; si por ventura no era esto un robo? Decíase que aquella niña tenía derecho á conocer la vida ántes de renunciar á ella, que privarla, anticipadamente y en cierto modo sin consultarla, de todos los goces y alegrías, so pretexto de ponerla á salvo de todas las pruebas, aprovecharse de su ignorancia y de su aislamiento para hacer que germinase en ella una vocacion artificial, era desnaturalizar una criatura humana y mentir á Dios. ¿Y quién sabe si, al darse cuenta un día de todo esto, y hallándose religiosa contra su voluntad, Coseta no acabaría por aborrecerle? Último pensamiento, casi egoísta y ménos heroico que los otros, pero que le era insoportable. Así pues, resolvió abandonar el convento.

Decidióse á ello al fin, y reconoció, con profunda desolacion, que era preciso hacerlo. En cuanío á las objeciones, no las había.

Cinco años de residencia entre aquellas cuatro paredes y de completa desaparicion, habían necesariamente destruido ó dispersado todos los elementos de temor. Así que podía él ya volver á entrar en la sociedad humana tranquilamente. Había envejecido, y todo había cambiado. ¿Quién le habría ya de conocer? Y despues, en la peor de las hipótesis, no había peligro sino para él mismo, y no tenía él derecho de con donar á loseta al claustro por la razon de que él había sido condenado á presidio. Además, ¿qué es el peligro ante el deber? Por último, nada le impedía ser prudente y tomar sus precauciones.

Por lo que hace á la educacion de Coseta, estaba ya casi terminada.

Una vez adoptada su resolucion, esperó la ocasion oportuna, la cual no tardó mucho en presentarse, con motivo de la muerte del viejo Fauchelevant.

Juan Valjean pidió audiencia á la reverenda madre priora y la dijo que habiendo adquirido á la muerte de su hermano una pequeña herencia que le permitia en lo sucesivo vivir sin trabajar, dejaba el servicio del convento y se llevaba á su hija; pero como no era justo que Coseta, no profesando en religion, hubiese sido educada gratuitamente, él suplicaba humildemente á la reverenda priora que tuviera á bien permitirle que ofreciera á la comunidad, por vía de indemnizacion de los cinco años que Coseta habia pasado en el convento, una suma de cinco mil francos.

Así es como Juan Valjean salió del convento de la Adoracion Perpétua.

Al dejar esta casa, tomó él mismo en sus brazos y no quiso confiar á ningun mozo de cordel la pequeña maleta cuya llave llevaba él siempre consigo. Esta maleta daba mucho en qué pensar á Coseta á causa del exquisito olor embalsamado que ella exhalaba.

Diremos desde luégo que de allí en adelante ya aquella maleta no le abandonó jamas. Siempre la tenía en su cuarto; siendo esta la primera y á veces la única cosa que él se llevaba consigo en sus mudanzas. Coseta se reía mucho de esto, y llamaba á aquel mueble *la inseparable*, diciendo: Tengo celos de ella.

Por lo demas, Juan Valjean no reapareció al aire libre sin una profunda ansiedad.

Descubrió la casa de la calle de Plumet y allí se anidó. Hallábase para lo sucesivo en posesion del nombre de Ullimio Fauchelevant.

Pero al mismo tiempo alquiló otros dos cuartos en París, á fin de llamar ménos la atencion que si hubiera permanecido siempre en el mismo barrio, de poder hacer si era necesario ciertas ausencias á la menor inquietud que sintiera, y por último, de no volverse á hallar desprevenido como en la noche en que tan milagrosamente habia escapado á Javert. Estos dos cuartos eran dos viviendas muy mezquinas y de pobre apariencia, en dos barrios muy lejanos uno de otro, una en la calle del Oeste, y la otra en la calle de l'Homme-Armé.

De vez en cuando solia ir, bien sea á la calle de l'Homme-Armé, ó bien á la calle de Oeste, á pasar un mes ó seis semanas con Coseta, sin llevarse á Toussaint. Hacíase él servir allí por los porteros, y se presentaba como un rentero de las afueras de París que tenia un apeadero en la ciudad. Esta alta virtud tenia tres domicilios en París para escapar á la policia.



II

JUAN VALJEAN GUARDIA NACIONAL

Por los demas, hablando con propiedad, vivia él en la calle de Plumet, donde habia arreglado su existencia de la manera siguiente :

Coseta con la criada ocupaba el pabellon; ella tenia el gran cuarto de dormir de los entre-panos pintados, el gabinetito de las molduras doradas, el salon del presidente amueblado de tapicerías y de grandes sillones; y por último, tambien tenia ella el jardin. Juan Valjean habia hecho poner en la alcoba de Coseta una cama de baldaquino de antiguo damasco de tres colores, y un viejo y hermoso tapiz de Persia, comprado en la calle del Figuier-Saint-Paul, en casa de la tia Gaucher, y para corregir la severidad de aquellas magnificas vejeces, habia él amalgamado con esa especie de prenderia todos los muebles alegres y graciosos de las jovencitas, el aparador,

el estante, con sus libros dorados, la papelera, la carpeta, la mesa de trabajo incrustada de nácar, el neceser de plata sobredorada y la *toilette* de porcelana del Japon. Grandes cortinas de damasco de fondo encarnado con tres colores iguales á la cama pendian de las ventanas del primer piso. En el piso bajo habia cortinas de tapiceria. Durante todo el invierno, las habitaciones de Coseta estaban calentadas de arriba abajo. Él habitaba la especie de cuartito de portero que habia en el patio del fondo, con un colchon en un catre sencillo, una mesa de palo blanco, dos sillas de paja, un jarro de loza para el agua, algunos libracos sobre una tabla, su querida maleta en un rincon, y jamas se veia lumbre en su habitacion. Comia con Coseta, y siempre habia un pan de municion para él sobre la mesa. Cuando entró á servir en la casa la Toussaint, la habia él dicho : — La señorita es el ama de la casa. — ¿ Y usted, señor? habia replicado la Toussaint estupefacta. — Yo soy mucho más que el amo, soy el padre.

En el convento habian acostumbrado á Coseta á dirigir la hacienda de la casa, y ella era la que arreglaba el gasto, que era bastante modesto. Todos los dias tomaba Juan Valjean el brazo de Coseta y la llevaba á dar un paseo. Solia conducirla al Luxemburgo, á la avenida ménos frecuentada, y todos los domingos á misa, siempre á Saint-Jacques-du-Haut-Pas, porque era bastante léjos. Como aquel es un barrio muy pobre, daba allí muchas limosnas, y los desgraciados le rodeaban en la iglesia, lo cual le valió la epistola de Thénardier : *Al señor benéfico de la iglesia de Saint-Jacques-du-Haut-Pas*. Llevaba de buen grado á Coseta á visitar á los indigentes y á los enfermos. Ninguna persona extraña entraba nunca en la casa de la calle de Plumet. Toussaint traia las provisiones y Juan Valjean iba él mismo por agua á una fuentecita ue se

hallaba muy próxima, en el boulevard. La leña y el vino los depositaban en una especie de covacha ó de hueco medio subterráneo tapizado de rocalla que se hallaba junto á la puerta de la calle de Babilonia: y que en otra época habia servido de gruta al señor presidente; pues en el tiempo de las *Folies* y de las *Petites-Maisons*, no habia amor sin gruta.

En la puerta falsa de la calle de Babilonia habia una de esas cajas-buzones destinadas á depositar en ellas las cartas y los periódicos; sólo que como los tres habitantes del pabellon de la calle de Plumet no recibían periódicos ni cartas, toda la utilidad de la caja, en otros tiempos medianera de amorios y confidenta de un golilla-cupido, se limitaba ahora á los avisos del cobrador de contribuciones y á las papeletas de guardia. Pues el señor Fauchelevent, rentero, era de la guardia nacional; no habiendo podido escapar á las estrechas mallas del alistamiento de 1831. Los informes adquiridos en aquella época habian remontado hasta el convento del Petit-Picpus, especie de nube impenetrable y santa de donde Juan Valjean habia salido venerable á los ojos de su alcalde, y por consiguiente digno de hacer centinela.

Tres ó cuatro veces al año endosaba Juan Valjean su uniforme y hacia su servicio de faccion; por lo demas, esto lo hacia él de muy buena gana; era este para él un disfraz correcto que le mezclaba con todo el mundo, dejándole solitario. Juan Valjean acababa de cumplir los sesenta años, edad de la exención legal; pero no mostraba tener arriba de cincuenta. Por otra parte, no tenia él ningun deseo de susstraerse á su sargento mayor y de incomodar al conde de Lobau; no tenia estado civil; ocultaba su nombre, ocultaba su identidad, ocultaba su edad, lo ocultaba todo; y, como acabamos de decirlo, era todo un guardia nacional de buena voluntad. Parecerse

al primer vecino que paga debidamente sus contribuciones, era toda su ambicion. Este hombre tenia por ideal, en el interior, el angel, en el exterior, el bourgeois.

Notemos sin embargo un detalle: cuando Jean Valjean salia con Coseta, se vestia como hemos dicho, presentando con bastante propiedad las trazas de un antiguo oficial. Cuando salia solo, y esto generalmente era de noche, iba siempre vestido con un chaqueton-blusa y un pantalon de obrero, y llevaba puesta una gorra que le tapaba la cara. ¿Era esto precaucion, ó era humildad? Ambas cosas á la vez. Coseta estaba acostumbrada á las fases enigmáticas de su destino, y apénas prestaba ella atencion á las singularidades de su padre. Por lo que hace á Toussaint, veneraba á Juan Valjean, y hallaba bueno todo cuanto él hacia. — Cierta dia, su carnicero, que habia entrevisto á Juan Valjean, la dijo: Vaya una facha que tiene ese hombre. — Ese hombre es un santo, le respondió ella.

Ni Juan Valjean, ni Coseta, ni Toussaint entraban ni salian jamas sino por la puerta de la calle de Babilonia. Á ménos que no se les distinguiese por entre la verja del jardin, era harto difícil adivinar que ellos habitaran en la calle de Plumet. Aquella verja permanecia siempre cerrada. Juan Valjean habia dejado el jardin inculto: á fin de que no llamase la atencion.

En esto tal vez se equivocaba.

III

FOLIIS AC FRONDIBUS

Entregado de esa manera á sí mismo, hacía ya más de medio siglo, aquel jardín se había hecho extraordinario y hermoso. Los transeúntes, hace cuarenta años, se detenían en aquella calle para contemplarle sin que les pasaran por la mente los secretos que él escondía detrás de sus verdes y frescas espesuras. Más de un soñador dejó en aquella época penetrar muchas veces sus miradas, y su pensamiento indiscretamente al través de los barrotes de la antigua verja cerrada con candado, torcida, bamboleante, apoyada en dos pilares enverdecidos y musgosos, y coronada de un modo extravagante con un frontis de indescifrables arabescos.

Había un poyo ó banco de piedra en un rincón, una ó dos estatuas enmohecidas, algunos enrejados que desprendidos de los clavos por el tiempo se pudrían sobre la

pared; pero sin que se notara allí el curso de ninguna avenida ó calle de árboles, ni vestigios de césped, ni nada en el suelo sino la agreste y verde grama arrastrándose por todas partes. La jardinería había desaparecido de allí y la naturaleza había vuelto á recobrar sus fueros. Las malas yerbas abundaban, aventura admirable para un pobre rincón de tierra. La fiesta de los alielies era espléndida. Nada en aquel jardín contrariaba el sagrado esfuerzo de las cosas hácia la vida: el venerable crecimiento se hallaba allí en su propia casa. Los árboles habían descendido hácia las matas y las matas, se habían empinado hácia los árboles, la planta había trepado, la rama se había doblado, lo que se arrastra sobre la tierra había ido á encontrar á lo que se extiende y se dilata en los aires, lo que fluctúa en el viento se había inclinado hácia lo que se arrastra en el musgo; troncos, ramas, hojas, fibras, pámpanos, sarmientos, espinos, espesuras, se habían mezclado, atravesado, enlazado, y confundido; la vegetación, en un estrecho y profundo abrazo, había celebrado y consumado allí, á la vista satisfecha del creador, en aquel cercado de trescientos piés cuadrados, el santo misterio de su fraternidad, símbolo de la humana. Aquel jardín no era ya un jardín, era un matorral, inmenso, una maleza colosal; es decir, una cosa que es impenetrable como una selva, poblado como una ciudad, tembloroso como un nido, sombrío como una catedral, odorífero como un ramo, solitario como una tumba, vivo como una muchedumbre.

En floreal aquel matorral enorme, libre tras de su verja, y entre sus cuatro paredes, entraba en brama en el sordo trabajo de la germinación universal, se estremecía al sonaciento casi como un animal que aspira los efluvios del amor cósmico y que siente la savia de Abril subir y hervir en sus venas, y, sacudiendo al viento su prodigiosa cabe-

lera verde, sembraba en la tierra húmeda, en las frustas esiatuas, en la arruinada galerta del pabellon y hasta en el piso de la calle desierta, las flores en estrellas, el rocío en perlas, la fecundidad, la belleza, la vida, la alegría, los perfumes. Al mediodía se refugiaban allí mil mariposas blancas, y era un espectáculo divino el ver remolinear en la sombra innumerables copos de aquella nieve viva del estío. Allí, en plácidas tinieblas de verdura, multitud de voces inocentes hablaban suavemente al alma, y lo que los gorjeos se habían olvidado decir, completábalos el murmullo y el zumbido. Por la noche, desprendíase del jardín y le envolvía cierta vapor de ensueño; un sudario de bruma, una tristeza apacible y celeste le cubrían; el olor embriagante de las madreselvas y de las amapolas salía de allí por todas partes como un veneno sutil y exquisito; oíanse las últimas llamadas de los trepadores y de las aguanieves que se adormecían bajo el ramaje; sentíase allí esa intimidad sagrada del ave y del árbol; las alas regocijando de día á las hojas, y las hojas protegiendo de noche á las alas.

En invierno, aquel matorral estaba negro, mojado, erizado, y como tiritando, tembloroso, dejando ver un poco la casa. Distinguíanse, en vez de flores en los ramos y de rocío en las flores, las largas cintas de plata de las babosas y de los caracoles sobre la helada y espesa alfombra de las amarillentas hojas; pero de todos modos, bajo todo los aspectos, en toda estación, en la primavera como en el invierno, en verano como en otoño, aquel pequeño cercado respiraba la melancolía, la contemplación, la soledad, la libertad, la ausencia del hombre, la presencia de Dios; y la antigua verja llena de herrumbre parecía decir al pasajero: este jardín es mío.

En vano se hallaba rodeado por todas partes aquel paraje del rico pavimento de la gran ciudad, con los clásicos y espléndidos palacios de la calle de Varennes á dos pasos de

allí, la gran cúpula de los Inválidos muy cerca, la Cámara de los diputados á corta distancia; en vano las lujosas carrozas de la calle de Bourgogne y de la calle de Saint-Dominique rodaban fastuosamente por aquella vecindad; en vano atravesaban los ómnibus amarillos, castaños, blancos y encarnados cruzando por las cuatro esquinas próximas; siempre se hallaba el desierto en la calle de Plumet; y la muerte de los antiguos propietarios, una revolución que había pasado, el hundimiento de las antiguas fortunas, la ausencia, el olvido, cuarenta años de abandono y de viudez, habían bastado para aglomerar en aquel lugar privilegiado los helechos, el gordolobo, la cicuta, las aquileas, los escaramujos, los jaramagos, la alta yerba, las grandes plantas estampadas en sus anchas hojas de paño verde pálido, los lagartos, los escarabajos, los inquietos y rápidos insectos de toda especie; para hacer brotar de las profundidades de la tierra y reaparecer entre aquellas cuatro paredes no sé qué género de grandeza salvaje y feroz; y para que la naturaleza, que desconcierta los mezquinos arreglos del hombre, y que allí donde se ostenta, se ostenta ella siempre toda entera, lo mismo en la hormiga que en el águila, viniera á esparcirse y á desarrollarse en un ruín jardinillo parisiense con tanta rudeza y majestad como en una de las selvas vírgenes del Nuevo Mundo.

Con efecto, nada hay pequeño en el universo. Todo el que está sujeto á las penetraciones profundas de la naturaleza, lo sabe perfectamente. Bien que ninguna satisfacción absoluta se dé jamás á la filosofía, lo mismo para circunscribir la causa que para limitar el efecto, el contemplador cae en un éxtasis sin fondo en presencia de todas estas descomposiciones de fuerzas, que terminan en la unidad. Todo trabaja en todo.

El álgebra se aplica á las nubes; la irradiación del astro aprovecha á la rosa; ningún pensador se atrevería á decir

que el perfume del oxiacanto es inútil á las constelaciones. ¿Quién pues podrá calcular el trayecto de una molécula? ¿qué sabemos nosotros, si tal vez se determinan creaciones de mundos por caídas de granos de arena? ¿quién conoce pues el flujo y reflujo recíprocos de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño, el zumbido de las causas en los percipicios del sér, y las masas flotantes de la creación? El diminuto arador tiene su importancia; lo pequeño es grande, lo grande es pequeño; todo se halla equilibrado en la necesidad; espantosa vision para el espíritu. Hay entre los séres y las cosas ciertas relaciones de prodigio: en este inagotable conjunto, desde el sol hasta el pulgon, no cabe engaño posible; los unos necesitan de los otros. La luz no transporta á las cerúleas regiones los perfumes terrestres sin saber lo que hace de ellos; la noche hace distribuciones de esencia estrellada á las flores adormidas. Todas las aves que vuelan tienen los piés prendidos con el hilo del infinto. Lagerminacion se complica con el desarrollo de un meteoro y el picotazo de la golondrina rompiendo el huevo, y lleva de frente el nacimiento de un gusano y el advenimiento de Sócrates. Donde concluye el telescopio, el microscopio comienza. ¿Cuál de los dos tiene la vista más grande? Elegid. Una mancha de mohó es una pléyada de flores; una nebulosa es un hormiguero de estrellas. La misma promiscuidad, y aún más inaudita, se nota en las cosas de la inteligencia y en los hechos de la sustancia. Los elementos y los principios se mezclan, se combinan, se casan, se multiplican los unos por los otros, en términos de hacer resaltar el mundo material y el mundo moral con la misma claridad. Es un fenómeno que se está plegando y replegando siempre en sí mismo. En vastos y multiplicados canjes cósmicos, la vida universal va y viene en cantidades desconocidas, revolviéndolo todo en el invisible misterio de los efluvios, empleándolo todo, no perdiendo

ningun delirio de ningun sueño, sembrando un átomo animado aquí, desmenuzando un astro más allá, oscilando y serpeando, haciendo de la luz una fuerza y del pensamiento un elemento, diseminada é indivisa, disolviéndolo todo, excepto este punto geométrico, el yo; reduciéndolo todo al alma-átomo; desplegándolo todo en Dios; confundiendo, desde la más alta hasta la más baja, todas las actividades en la oscuridad de un mecanismo vertiginoso, correlacionando el vuelo de un insecto con el movimiento de la tierra, subordinando, ¿quién sabe? aunque no fuese sino per la identidad de la ley, la evolucion del cometa en el firmamento á los desordenados movimientos del infusorio en la gota de agua. Máquina hecha de espíritu. Enorme engranaje cuyo primer motor es el mosquito y cuya postrera rueda es el zodiaco.

Parecía que este jardín, creado en otro tiempo para ocultar misterios de libertinaje, se había transformado y se había hecho á propósito para abrigar los misterios castos. Ya no había allí cenadores, ni emparrados, ni calles de boj y de césped, ni grutas: sólo había una magnífica oscuridad desgredada, cayendo como un velo por todas partes. Paphos convertido de nuevo en Eden. Cierta aire de arrepentimiento había saneado aquella mansión de retiro. Aquella ramilletera ofrecía ahora sus flores al alma. Aquel gracioso jardín, tan comprometido en otros tiempos, había vuelto á entraren la virginidad y el pudor. Un presidente auxiliado de un jardinero, un buen hombre que creía continuar á Lamoignon y otro buen hombre que creía continuar á Lenôtre, le habían contorneado, cortado y recortado, manoseado, engalanado y perifollado, apropiándole á la galan-

tería; la naturaleza le había recobrado despues y le había llenado de sombra, apropiándole al amor.

En aquella soledad había tambien un corazón que estaba enteramente dispuesto. El amor no tenía más que mostrarse; había allí un templo compuesto de verdura, de yerba, de musgo, de suspiros de aves, de blancas tinieblas, de ramas agitadas, y de un alma hecha de dulzura, de fe, de candor, de esperanza, de aspiración y de ilusión.

Coseta había salido del convento siendo aún casi niña; tenía algo más de catorce años, y estaba « en la edad ingrata; » ya lo hemos dicho, excepto los ojos, más bien parecía fea que bonita; sin embargo, ninguna de sus facciones carecía de gracia, pero era muy delgada, desmanada, tímida y osada á la vez, finalmente, era una niña grande.

Su educación se hallaba terminada; es decir, que la habían enseñado la religión, y aún, y principalmente, la devoción; despues « la historia, » es decir, la cosa que llaman así en el convento, la geografía, la gramática, los participios, los reyes de Francia, un poco de música, á hacer una nariz, etc., pero fuera de esto, todo lo ignoraba, lo cual es un encanto y un peligro. El alma de una jovencita no se la debe dejar en la oscuridad; más adelante se forman en ella visiones demasiado bruscas y demasiado vivas, como en una cámara oscura. Se la debe esclarecer é ilustrar lenta y discretamente, más bien con el reflejo de las realidades que con su luz directa y dura. Média-luz útil y graciosamente austera que disipa los temores pueriles é impide las caídas. Sólo el instinto maternal, intuición admirable donde entran los recuerdos de la virgen y la experiencia de la mujer, es el que sabe cómo y de qué debe formarse esa média-luz. Nada puede suplir á este instinto. Para formar el alma de una jovencita, todas las religiones del mundo no valen tanto como una madre.